

EN BUSCA
DEL
TIEMPO PRESENTE

Mills Fox Edgerton

EN BUSCA
DEL
TIEMPO PRESENTE

PRÓLOGO DE
MIGUEL ÁNGEL DE RUS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE NARRATIVA, n°7—
MADRID • MMXIII

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido
por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MILLS FOX EDGERTON

Del prólogo © MIGUEL ÁNGEL DE RUS

Fotografía de cubierta © *Time concept*, por Stokkete. Con licencia de Fotolia

Fotografía del autor en solapa © JULIO SANTIAGO

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección © ABSURDA FÁBULA
www.absurdafabula.com

Impreso por Cimapress (Madrid)



www.cuadernosdelaberinto.com

Octubre 2013
I.S.B.N: 978-84-941600-2-8
Depósito legal: M-23640-2013

Fabricado en España.

PRÓLOGO

Descubrimos leyendo a Proust, que el aroma de una magdalena nos retrotrae décadas en un instante y que revivimos el tiempo pasado exactamente igual que si todo estuviera ocurriendo ahora mismo. Incluso mejor; todo lo pasado vive aquí y ahora en un solo momento.

Siempre he sido de esos bichos raros que hemos dado en añorar el futuro, y siempre he descreído del proverbio árabe que sostiene que «Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo.» ¡Gravísimo error! El presente no es nuestro, sino de los recuerdos que vuelven a cada instante y nos arrullan o atenazan y de los deseos de futuro; el ser humano es un animal que desea y en base a sus deseos crea mundos, y mientras lo hace, va viviendo sin darse cuenta. Don Juan no gozaba de la posesión de cada mujer, sino que estaba creándose recuerdos, aunque él aún no lo supiera.

Es innegable el afán humano por comprender el concepto de tiempo, incluso se afirma que el tiempo puede no existir en la realidad física. Gran descubrimiento, millones de años de evolución para comprender que el tiempo es sólo una percepción de nuestros sentidos. Ya Einstein, en sus «Teorías de la Relatividad Especial y General», destruyó la idea del tiempo como una constante universal; es decir el pasado, presente y futuro no son absolutos. Posteriormente, el físico John Wheeler desarrolló una extraordinaria ecuación en donde se demuestra que el

tiempo, simplemente, desaparece y la descripción fundamental del universo es atemporal. No quiere decir que podamos viajar al pasado, sino que nuestros sentidos nos transmiten la realidad lo mejor que pueden.

Cuando Einstein tuvo que afrontar la muerte de su amigo Michele Besso, en la carta de pésame que escribió a la familia de este podemos leer: «Ahora él ha partido de este extraño mundo un poco antes que yo. Esto no significa nada. La gente como nosotros, que creen en la física, saben que la distinción entre el pasado, el presente y el futuro es sólo una ilusión obstinadamente persistente».

Bien, ya hemos llegado al acuerdo de que el tiempo no existe, pero leemos a Walt Withman y nos desarma su lucidez «Coged las rosas mientras podáis, veloz el tiempo vuela. La misma flor que hoy admiráis, mañana estará muerta...» ¿Y esa contradicción? La esencia humana, suponemos.

La literatura —nunca ajena a los arcanos de la existencia, ni a criticar la realidad, cuando la literatura lo es de verdad— halla en incontables ocasiones la figura del tiempo como protagonista de sus obras. Mills, en su afán por comprender esta dimensión que condiciona —exista o no— nuestra vida nos propone ahondar en la diversas visiones que se pueden obtener de un mismo punto temporal. Así, como una peonza que gira sobre sí misma y se mantiene sobre un fino vértice, vemos girar los recuerdos que un grupo de amigos ha ido acumulando a lo largo de toda una vida sobre vivencias comunes y la

imposibilidad de lograr un punto de vista único que de sentido al ángulo poliedro que compone la percepción. Resulta que no sólo existe el tiempo como lo comprendemos, sino que incluso nuestros recuerdos pueden ser falsos y nuestra vida, la que nos mantiene con esperanzas, otra muy distinta a la que creímos. Esta diversidad, disparidad y mirada heterogénea sobre la realidad es uno de los ingredientes básicos del arte y de toda evolución humana. En un esfuerzo por aunar ciencia y arte encontramos en *Mi visión del mundo*, de nuevo de Einstein, «La experiencia más hermosa que tenemos a nuestro alcance es el misterio. Es la emoción fundamental que está en la cuna del verdadero arte y de la verdadera ciencia».

Mills nos presenta un fin de semana lluvioso en Madrid, en una casa frente al Retiro, a cuatro amigos, todos ellos octogenarios, que revuelven el pasado intentando encontrar las claves de su vida. Vivimos sus vidas a través de sus diálogos. ¿Novela filosófica? ¿Teatro de texto? ¿Un desdoblamiento en cuatro del autor o cuatro personas muy reales que coinciden en vivencias, cultura y época?

«EN BUSCA DEL TIEMPO PRESENTE» no es novela de una sola faceta, sino que parte de puntos parcialmente autobiográficos y logra que los protagonistas cuestionen las materias fundamentales del acontecer de nuestra civilización: cultura, religión, sexo, guerras... No es una novela española, porque tendría grandes dosis de cinismo, de escepticismo y de desencanto, sino que tiene influencias de la literatura Ilustrada francesa y de

la literatura clásica inglesa, razas que conservan cierto optimismo, a pesar de todo, y que creen que el mundo puede tener explicación. Esta es la obra de un hombre culto que reflexiona junto a otras personas cultas, con esperanza en comprender, algo que los hispanos parece que hayamos dejado por imposible.

Creemos o no en el tiempo —eso da igual, nos va a sobrevivir exista o no, y alguien seguirá planteándose la cuestión cuando nosotros seamos recuerdo— pasemos a la lectura de esta obra de Mills con un pensamiento de Horacio: «El tiempo saca a luz todo lo que está oculto y encubre y esconde lo que ahora brilla con el más grande esplendor.» A fin de cuentas, todo cuanto escribimos servirá —si sirve— para que alguien lo descubra en algún día lejano y comprenda que hubo otras formas de entender la vida. O tampoco.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

PREÁMBULO

El lector tiene en sus manos un libro que no está conforme con ningún género tradicional. Lo menos que puede exigir es que de entrada se le dé una pista que le permita leerlo con fruición.

Lo esencial se reduce a dos cosas. En primer lugar, Marcel Proust buscó y halló el pasado que queda indisponible al fondo de cada cabeza si no se encuentra la manera de provocar que se manifieste en toda su amplitud. Lo que yo he intentado conseguir es que el presente esté perceptible en toda su plenitud. En segundo lugar, para tratar de alcanzar esa meta, he recurrido a una estratagema consistente en reunir a un grupo de amigos íntimos con quienes he pasado un fin de semana largo en busca del tiempo presente.

El resultado de aquella experiencia es la novela que el lector tiene en sus manos. No es una simple transcripción de los diálogos que tuvieron lugar entre nosotros, mis tres amigos y yo. Los diálogos se grabaron —con el consentimiento de todos los participantes, claro está. Sin embargo, no están reproducidos integralmente aquí. He suprimido muchas repeticiones y una serie de salidas por las ramas que no vienen a

cuento. Y he adoptado una puntuación que traduce los ritmos naturales de la lengua hablada y que por esta razón se aleja en algunos casos de la norma académica. El lector decidirá si los cuatro dialogantes alcanzamos nuestra meta.

CARLOS ALMARRABA DE OSUNA